

que como involuntariamente se dejan arrastrar de la costumbre, viene á dar reglas seguras y ciertas para conducirse bien en este asunto. Dispuestos de este modo los ánimos, ó de otra manera semejante, se podrá venir á tratar el punto, sin asentar proposición alguna de cuya verdad no deje enteramente persuadidos á los oyentes, y cuidando de no irritar la llaga con aspereza. Hay pleitos de suyo ganados, y que, no obstante, se pierden por mal defendidos. El arte, no la fuerza, ha de hacer tragar la píldora á un enfermo furioso, y tal es la multitud á quien se dirige el orador.

En el segundo caso, esto es, cuando nace la dificultad de la naturaleza del asunto, hay que usar de un tacto que neutralice el mal efecto de lo que se dice.

Cicerón, en la oración *Pro Ligario*, es admirable en este género de delicadeza. Va á hablar á favor de un reo, contra quien estaba sumamente irritado el César porque había seguido á Pompeyo. Confiesa que él había seguido el mismo partido, habla con honor de Pompeyo, representa el furor del acusado contra César en la batalla de Farsalia. Todas estas cosas que parece habían de perjudicar á su causa la favorecen, y triunfa de César, resuelto á castigar á Ligario.

Esta habilidad no depende de reglas, y sólo la puede hallar en los casos particulares el buen juicio.

Cuadro analítico del elemento político de la invención.

| | | | |
|--------------------|----------------------------|--------------------|--|
| INVENCIÓN ORATORIA | Costumbres en el | Orador. | { Probidad, prudencia, modestia, benevolencia y santidad. |
| | | Auditorio. | { Carácter, capacidad y necesidades. |
| | | Discurso. | { Miramientos y consideraciones, ó sea conveniencias y precauciones oratorias. |

SECCIÓN TERCERA

ELEMENTO PATÉTICO DE LA INVENCION

I

Necesidad de mover.

Hemos procurado demostrar en las secciones anteriores la necesidad y medios de instruir *ut veritas pateat*, y también la necesidad y medios de agradar *ut veritas placeat*, pero nos falta todavía tratar de la necesidad y medios de mover, *ut veritas moveat*, para realizar cumplidamente el pensamiento de San Agustín.

Es muy digno de aprecio el orador que instruye y agrada á su auditorio, pero si no le mueve á que abrace y practique lo que ha sido objeto de su discurso, su obra estará incompleta. En efecto; las pruebas se dirigen á la razón, y derramando en el entendimiento la luz de la verdad, llevan al espíritu aquella convicción firme que tanto contribuye á los movimientos de la voluntad: las costumbres oratorias se dirigen á la sensibilidad, facilitando con su agrado los movimientos del corazón; pero como el orador no aspira sólo á ser escuchado con benevolencia, sino á llevar en pos de sí á sus oyentes, de aquí la necesidad de mover. Moviendo es como se logra convertir, apoderándose de los hombres. Mover, dice San Agustín, es conducir al oyente á amar la dicha que se le ofrece, á temer el castigo con que se le amenaza, á odiar el mal que se le reprende, y á abrazar el bien que se le recomienda.

Hay sin duda alguna géneros de instrucción en los que se debe sobre todo procurar ilustrar, como sucede en los asuntos de controversia; mas no por eso se debe creer que aun en esta clase de asuntos no deba tomar parte alguna la voluntad. Se ha adelantado algo cuando se ha confundido al incrédulo y reducido al hereje á silencio, pero falta decidir la victoria, y no se conseguirá mientras no se resuelva el adversario á conformar su conducta con la verdad que profesa: *Victoriae est flectere*, dice San Agustín: *quia fieri potest ut doceatur et delectetur, et non assentiatur* (1).

El orador que logre mover los corazones, todo lo ha conseguido. Agradará, porque siempre se agrada, cuando se mueve, y agradará más en proporción que más mueva; sus pruebas se considerarán buenas, porque el entendimiento no piensa en contradecir, cuando el corazón se ha entregado; si la conmoción somete á la voluntad, no habrá ya dificultad en armonizar los actos con las creencias. De manera que aquél sólo merecerá el nombre de elocuente que logre arrastrar á su auditorio; mas el que á pesar de las bellezas y de los adornos de su discurso, no sepa ni apresurar los latidos del corazón ni humedecer los ojos de sus oyentes, será como la nube de verano, que pasa tal vez tronando sobre la cabeza del labrador, pero sin derramar en sus campos la lluvia que los fertiliza.

II

Pasiones oratorias ó medios de mover.

Las pasiones oratorias son las diversas emociones que el orador recibe de su asunto y que comunica á sus oyen-

(1) *De Doct. christ.*, lib. IV, 37.

tes (1). De esta definición se desprende que las pasiones son los medios para mover al auditorio. Por ellas se excita el amor al bien y el aborrecimiento al mal. Por ellas se eleva el ánimo á emprender cosas grandes por el logro de un bien ausente, ó se abate por la desconfianza de conseguirlo. Es preciso dirigir más ó menos las pasiones, porque son uno de los principios de las acciones humanas.

El orador que mejor sepa apasionar su corazón y ponerle en agitación, entregándolo á los torbellinos de los afectos, ese será el que arrastre al auditorio. «He ensayado, dice Cicerón (2), todos los medios de conmover, procurando llevarlos á la mayor perfección; pero confieso deber menos mis felices resultados á los esfuerzos de mi entendimiento, que á la vehemencia de las pasiones que me agitan cuando hablo en público.» Vossio funda en las pasiones todo el poder de la palabra *in quo sunt omnia*; y Plutarco dice que la voluntad sin pasión es un buque que aguarda para partir que el viento hinche sus velas. Ocupándose de la elocuencia profana, dice Quintiliano que los arranques son la parte esencial del arte oratorio; el alma que da vida al discurso, el cual sin esto es seco, frío, lánguido y muerto (3). Ahora bien; si los retóricos exigen estos arranques en los discursos profanos, ¿cuánto más necesarios serán éstos tratándose de

(1) No debe confundirse la *pasión* con el *sentimiento*, con el *afecto*, ni tampoco con la *emoción*. El *sentimiento* es la intuición inmediata de que nuestro estado presente conviene ó repugna con nuestras propensiones. El *afecto* denota los movimientos del ánimo; por tanto, se relaciona más bien con el apetito racional ó voluntad, que con el apetito sensitivo. La *pasión propiamente dicha* es una excitación vehemente del apetito sensitivo, en cuanto va acompañada de cierta agitación en el estado normal del cuerpo. Por último, la *emoción* es la alteración repentina del ánimo. En el lenguaje vulgar, sin embargo, suelen confundirse estas palabras: nosotros, otros, con la palabra *pasión*, queremos significar principalmente los *afectos*.

(2) *De Orat.*

(3) Lib. VI, 2.º

los discursos de la religión cristiana, que es una religión de tanto sentimiento? La unción que sale del corazón y se dirige á él, debe ser el carácter esencial de la elocuencia sagrada. Hablar el orador del cristianismo con frialdad, no es mostrarse su ministro; es olvidar lo que se debe á Dios, porque es su causa la que defiende; á sus hermanos, porque se trata de los grandes intereses de su eterna felicidad, y á sí mismo, porque las verdades que el predicador anuncia le corresponden del mismo modo que á sus oyentes.

Fenelón (1) nos enseña en qué consiste el arte de conmover y excitar las pasiones, poniendo en boca de Demóstenes estas frases referentes al orador romano. «Tú distraías con los rayos de tu elocuencia; yo hería, abatía, destruía como un rayo: tú hacías exclamar: qué bien habla; yo hacía decir: vamos, marchemos contra Filipo.» He aquí una perfecta idea del talento de conmover.

No puede desconocerse, por lo que dejamos consignado, el interés que tiene esta última sección de la invención; pero á la vez que es la más importante, es también la más difícil. Siendo una ley constante de nuestra naturaleza el que para conseguir grandes fines tengan que emplearse no menores fatigas, procuraremos explicar esta materia cuanto esté de nuestra parte, á fin de que la importancia del trabajo sea en lo posible proporcionada á su objeto, considerando en su consecuencia las pasiones bajo dos respectos: *pasiones en el orador*, que irán seguidas del *patético*, y *pasiones en el discurso*.

(1) Diálogo 31.

CAPÍTULO PRIMERO

PASIONES EN EL ORADOR

I

Idea de las pasiones en el orador.

El orador que pretenda excitar los afectos deberá ilustrar el entendimiento de los oyentes con la verdad, y luego poner en juego, según lo exija el caso, la imaginación y la sensibilidad, aplicándolas al objeto para que sea aceptado ó rechazado.

Esto, se nos dirá, en teoría parece muy sencillo; pero la práctica, ¿quién nos la enseña? La práctica, dice Quintiliano (1), no se aprende en los libros, *libellis non continentur*. Por esta razón ha dicho San Gregorio Magno: «El mejor libro para predicar es el corazón del orador que ama á Dios.» El orador que tiene corazón sensible será capaz de deshacer en lágrimas á sus oyentes; el que lo tiene grande podrá aterrarlos con sus discursos; el que reúna uno y otro será un Pericles, un Cicerón, un Granada, un Bossuet. De manera que lo que el orador griego decía de la acción, puede decirse con más fundamento del corazón. Sin él, todo lo demás podrá aprovechar mucho para embellecer el discurso, para que nuestras oraciones sean limpias y agraciadas; mas para que sean grandes, poderosas, irresistibles, es indispensable acudir al corazón.

(1) Lib. iv, 2.º

No es menos útil al orador una gran imaginación y un exquisito tacto: aquélla, para pintar del modo más animado que se pueda y por una verdadera hipotipósis el cuadro de la pasión que desea excitar, y aquél, para regular los impulsos.

En fin, como quiera que la pasión consiste en un como estremecimiento del alma, producido por las ideas é imágenes que la mente le suministra, todo afecto que sea enérgico y vehemente exigirá como condición principal un alma tierna y sensible, y un entendimiento capaz de concebir con fuerza y con elevación y hasta de remontarse á lo sublime. De aquí la necesidad de acostumar al alma á concebir, sentir y obrar con fuerza, nobleza y generosidad, para que sean sus pasiones nobles y generosas; de aquí la necesidad en el orador de las facultades siguientes: la *sensibilidad*, para hacerle experimentar vivamente las emociones que desea comunicar á los demás; la *imaginación*, para pintarlas vivamente, y el *discernimiento*, para que le guíe en el uso de este poderoso medio de persuasión.

II

Sensibilidad en el orador.

La *sensibilidad* es una aptitud natural del alma para recibir pronta y fácilmente las diversas impresiones de alegría, de tristeza, de compasión, de horror, etc.

Para excitar en los demás las pasiones, es preciso que primero las sienta el orador. El arte más esmerado es con frecuencia impotente para comunicar á los otros un calor que no se tiene; pues, como ha dicho un escritor alemán, «nada es más frío que un calor fingido». Si queremos, añade Quintiliano, mover mucho á nuestros oyentes, es preciso que antes nos hallemos movidos por

el sentimiento que queremos inspirarles. Lo que confirma el dicho de Horacio: *Si vis me flere, dolendum est primum ipsi tibi* (1).

Así se explica el poco fruto que producen ciertos predicadores de mucho talento: sus discursos brillan con todo el esplendor del estilo y nada falta en ellos, ni la vivacidad, ni el atrevimiento, ni el uso acertado de las figuras; mas al oír tan hermoso lenguaje se conoce que el orador no se halla penetrado de los sentimientos que expresa, que sus palabras no salen del corazón; y de aquí que no vemos en él, en último resultado, más que un frío declamador (2).

Esta exquisita sensibilidad es la que esparce tantos atractivos sobre los escritos del V. Lanuza y del V. Granada y de otros oradores, de que nos hemos ocupado: la que en tiempos antiguos inspiró á San Bernardo trozos sublimes y llenos de un patético perfecto, como el discurso acerca de la muerte de su hermano Gerardo, y á San Juan Crisóstomo tantas obras maestras de elocuencia (3).

Para cultivar esta dote preciosa traen los retóricos los medios siguientes: la *práctica de la virtud*, el *estudio de la Sagrada Escritura*, la *meditación* y la *lectura de los autores profanos*.

1.º *La virtud*.— Es uno de los medios más á propósito para excitar la sensibilidad. Cicerón y Quintiliano manifestaron en sus obras la necesidad de que el orador

(1) *Ad Pisones*, vers. 100. La razón de este precepto se funda en lo que llamarse puede simpatía, la cual es un principio de nuestra naturaleza muy poderoso y muy universal, que nos dispone á compartir los sentimientos y las pasiones con los que nos rodean.

(2) No son siempre idénticas las pasiones de que está poseído el orador y las que comunica á su auditorio. La calma y la sangre fría del orador pueden excitar en los oyentes el temor ó la indignación; y viceversa la compasión, la cólera y el entusiasmo pueden ocasionar la frialdad, el desprecio y la risa.

(3) Bravo y Tudela: *Historia de la Elocuencia*.

fuese honesto y virtuoso á fin de que supiese hablar con pasión de la virtud y hacerla amar á sus oyentes. El que no haya limpiado su corazón para encenderlo en los más puros y santos afectos, no podrá acompañar su palabra de aquella efusión divina, de aquella plenitud del Espíritu Santo, que le dan calor y fuerza.

2.º *Las Sagradas Escrituras.*—Si para mover las pasiones es necesario presentar al entendimiento y al corazón los objetos en toda su viveza y majestad, ¿quién duda que con los pensamientos elevados y robustos, con las expresiones y colores vivos de que los Libros Santos están llenos, el alma no podrá menos de salir de la tibieza en que vivía, de cobrar movimiento, de enardecerse y de comunicar á los demás ese mismo calor y movimiento? Y he aquí la gran ventaja que sobre los oradores profanos tienen los sagrados en la elevada y noble tarea de conmover los afectos.

3.º *La práctica diaria y fervorosa de la meditación* es también muy conveniente. Si la meditación por sí sola no conmueve bastante, pueden leerse con atención las obras de los maestros de la vida espiritual, porque, conocedores profundos del hombre, á la vez que enseñan el modo de hacer la oración mental, han reducido á reglas prácticas la teoría de las pasiones.

Y para demostrar que no nos distraemos de nuestro objeto al aconsejar esta lectura, invitamos á los jóvenes á que comparen con ella lo que ha dicho Quintiliano sobre su método para poseerse de los afectos que pretendía excitar en el ánimo de los jueces, y verán con placer la analogía que hay entre las lecciones de los místicos y las de los maestros del arte profano.

Por último, puede sacarse gran fruto del estudio de algunos *escritores profanos* que poseen en alto grado el arte de mover los afectos. Es imposible que aquellas grandes obras del ingenio humano que atravesaron tantos siglos, y que se hacen leer y admirar por los

talentos más graves y profundos, no sean más que un elegante tejido de palabras y de flores retóricas. Algo debe haber en ellas que les dé ese indisputable derecho á la inmortalidad, y ese algo es el poder que tienen de llegar al corazón y conmoverlo. Acostúmbrese, pues, á sentir sus bellezas el que aspire al noble y difícil arte de hacer que las perciban los demás, y empápese, por decirlo así, á fuerza de meditarlas.

III

Imaginación en el orador.

La imaginación es la facultad del alma que presenta los objetos al pensamiento, con todas sus circunstancias interesantes: por ella los objetos ausentes, y aun los ficticios, se nos ofrecen de igual modo que si los tuviéramos á la vista. La imaginación da á la idea y al sentimiento cuerpo y vida; por su medio se consiguen esos cuadros, esas imágenes que arrebatan y mueven al auditorio. La verdad desnuda es como un cadáver, y rara vez afecta los corazones; revestida de cualidades sensibles por medio de la imaginación, se la ve respirar y existir; hiere los corazones, los interesa y entenece.

El verdadero orador, dice Fenelón, no se contenta con enunciar lo que desea decir, sino que lo pinta, y cualquiera que no tuviese ese talento no conseguirá nunca conmover. Cuando nos representamos las cosas ausentes de tal modo que parece que las estamos viendo, deseamos con ardor que los oyentes las vean como nosotros. Este extraordinario movimiento de nuestra alma mueve á los otros y da peso, magnificencia y fuerza al discurso, dice Longino.

Muchas veces la imaginación es tan necesaria al ora-

dor como la razón misma, puesto que ella produce el entusiasmo, la riqueza y esplendidez, recursos todos necesarios al orador. Cuando las imágenes se combinan con las pruebas, no sólo persuaden, sino que subyugan y avasallan á los oyentes. En nada, sin embargo, es tan peligroso abusar de la imaginación como en la oratoria sagrada.

La imaginación se encuentra, como la sensibilidad, en todos los individuos; pero como en unos es más viva que en otros, el que aspire á los triunfos oratorios debe fecundarla con *el estudio de los modelos* y con *el trabajo de composición*, y robustecerla *aplicándola á objetos capaces de excitarla y avivarla*.

1.º *Estudio de los modelos*.—Entre los modelos dignos de estudiarse, ninguno más á propósito que los Libros Sagrados, donde unas veces se admira la sublimidad y magnificencia de las imágenes, y otras la grandeza de las ideas. De esta fuente tomaron los grandes oradores, así nacionales como extranjeros, no sólo las pruebas, las comparaciones y los ejemplos, sino las imágenes y los rasgos sublimes que más realzan sus discursos.

2.º *El trabajo de composición*.—Este es otro de los medios más eficaces para adquirir y presentar fácilmente las imágenes; las lecturas, los apuntes enriquecen al entendimiento y predisponen la imaginación, pero los ensayos de composición enseñan á usar de esas riquezas; porque la costumbre de reproducir las figuras, las imágenes y los giros de los autores, hace que se conviertan en propias las bellezas ajenas.

3.º *Aplicar la imaginación á objetos capaces de excitarla*.—La oratoria sagrada apenas tiene necesidad de esta regla, pues casi todos los asuntos sobre que ha de ocuparse son muy á propósito para avivar la imaginación.

Por último, la retórica es un gran auxilio para la ima-

ginación. Sus saludables avisos predisponen el espíritu, enriquecen el entendimiento y despiertan además las disposiciones naturales.

IV

Discernimiento en el orador.

Las emociones suaves y tranquilas que frecuentemente excita el orador en sus oyentes, apenas necesitan ser dirigidas; pero cuando se remueven y agitan los afectos más vehementes, hasta el punto de causar una verdadera perturbación en el espíritu, es necesario una prudente dirección, cuyo oficio pertenece al *discernimiento*. Esta facultad es la que nos hace distinguir lo verdadero de lo falso, el bien del mal, en una palabra, aquella que nos hace ver los objetos tales como son. Pero tratándose de las pasiones, el discernimiento consiste en conocer la índole y carácter de cada una, el lenguaje que les es propio, los medios que pueden excitarlas y las circunstancias en que conviene emplearlas.

Más adelante veremos cómo el discernimiento se aplica á la moción de los afectos.